

2021-02-03

## La educación como práctica vital: un escenario para el desarrollo humano integral y sustentable

Claudia Andrea Betancur Rojas  
*Corporación Universitaria Minuto de Dios, cbetancur@uniminuto.edu*

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>

---

### Citación recomendada

Betancur Rojas, C. A. (2021). La educación como práctica vital: un escenario para el desarrollo humano integral y sustentable. *Revista de la Universidad de La Salle*, (84), 61-78.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact [ciencia@lasalle.edu.co](mailto:ciencia@lasalle.edu.co).

# La educación como práctica vital: un escenario para el desarrollo humano integral y sustentable\*



**Claudia Andrea Betancur Rojas<sup>1</sup>**

---

## ■ Resumen

El desarrollo como principal apuesta de la sociedad actual ha traído consigo inimaginables consecuencias, que amenazan la vida y el fino equilibrio que la naturaleza posee para hacer de la existencia de cada ser vivo una perfecta creación. Además, genera pobreza, desigualdad, muertes bélicas y migración, reconocidos problemas sociales que no se han logrado resolver a pesar de contar con todo el conocimiento científico que este mismo modelo de desarrollo ha gestado, y que, además, ha permitido al hombre buscar vida fuera del planeta, mientras descuida el valor infinito de la existencia de cada ser humano que conforma esta sociedad.

---

\* Artículo de reflexión.

<sup>1</sup> Licenciada en Informática Educativa de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia (Tunja); magíster en Docencia de la Universidad de La Salle (Bogotá); candidata a doctora en Educación de la Universidad de La Salle (Costa Rica); y estudiante del Doctorado en Educación y Sociedad de la Universidad de La Salle (Bogotá). Se desempeña como subdirectora general de los Centros de Educación para el Desarrollo de la Corporación Universitaria Minuto de Dios [cbetancur@uniminuto.edu](mailto:cbetancur@uniminuto.edu); [claandreab@gmail.com](mailto:claandreab@gmail.com)

El presente documento busca aportar reflexiones y comprensiones sobre el *desarrollo*, el *posdesarrollo* y el *desarrollo humano integral y sustentable* para entenderlos desde una perspectiva vital y crítica, y así poder proyectarlos en los escenarios escolares principalmente. De esta manera es posible invitar, impregnar y convocar a los otros al reconocimiento de posturas que transformen y orienten formas de ver, sentir, percibir y proyectar nuestra relación con el mundo, de manera que se reestablezca la armonía y el equilibrio entre la naturaleza y el ser humano.

**Palabras clave:** desarrollo sustentable, problemas sociales, educación, pobreza, educación.

## Introducción

La sociedad actual goza de amplios descubrimientos y avances científicos, a través de numerosos estudios, amplias inversiones económicas y, especialmente, la desenfrenada competencia entre algunos países por poseer conocimientos de punta como mayor activo y representación del poder, lo que ha permitido el desarrollo de innumerables aplicaciones, en particular tecnológicas, que en su mayoría han ayudado a mejorar las condiciones de vida de las personas. Asimismo, se han usado todas las formas de creatividad para sorprender constantemente nuestra existencia con innumerables y fascinantes artefactos y aplicaciones de todo orden, que han transformado nociones de tiempo y espacio especialmente.

Uno de los campos que más se ha dinamizado con la ayuda de la investigación y la aplicación de conocimientos es el de la medicina humana, pues a partir de los descubrimientos, concretamente a nivel genético, ha logrado conseguir la cura a graves enfermedades y mejorar la calidad de vida de las personas, factores que darían todo el respaldo a estas gigantescas inversiones de capital económico y humano por ser propósitos comunes. Sin embargo, estos asombrosos avances de la tecnología que han llenado de esperanza a la humanidad no

son de libre acceso, dado que no todas las personas pueden gozar de los beneficios de este conocimiento innovador y sus aplicaciones, debido, principalmente, a la desigualdad entre ricos y pobres que crece rápidamente, junto con la presencia de la globalización y el capitalismo como únicas formas de entender y desarrollar la economía de los pueblos.

Las cifras apenas ilustran una cruel realidad que cobra millones de vidas de personas en condición de pobreza extrema y desigualdad social, que aún siguen muriendo por hambre, carencia de agua potable, saneamiento, y desplazamiento forzado; esto sin mencionar las abrumadoras cifras de muertos en medio de los conflictos bélicos que usan las mismas tecnologías que tanto admiramos, y que el modelo actual de desarrollo ha priorizado para producir armas nucleares capaces de acabar con millones de vidas. Al respecto, Hathaway y Boff (2014) hacen referencia a un desproporcionado interés en el que

los gastos militares siguen consumiendo una gigantesca proporción de los recursos del mundo. Según el Instituto Internacional para la Paz de Estocolmo, los gobiernos del mundo gastaron en 2007 más de 1,3 billones de dólares (o un 2,5 % del PIB global) para apoyar a las fuerzas militares. Y, lo que todavía tiene mayor importancia: muchas de las mentes más brillantes y con más talento del mundo siguen ocupadas en la investigación militar. ¿Qué pasaría si este mismo recurso se aplicara a los problemas más acuciantes del mundo? (p. 81)

En el mismo sentido, el informe mundial de las Naciones Unidas sobre el desarrollo de los recursos hídricos del 2019 da cuenta de preocupantes cifras alrededor de la desigualdad social. Al respecto indicó que el número de personas con desnutrición crónica en el planeta se incrementó de 777 millones, en 2015, a 815 millones, en 2016, y, según las estimaciones más recientes correspondientes al 2013, más del 10 % de la población mundial vive por debajo de la línea de pobreza extrema internacional —que es de 1,90 dólares por día—, es decir, 767 millones de personas en el mundo. Asimismo, mostró que 2100 millones de personas (cerca del 30 % de la población mundial) vive con menos de 3,10 dólares por día (Unesco, 2019).

Actualmente, otro de los profundos problemas sociales que ocupa la atención de las agendas internacionales y, en especial, la vida y la dignidad de las personas, es la migración forzada. Las cifras de este preocupante problema han sido de las más difíciles de prever, pues la incertidumbre que hoy en día acompaña el desarrollo de los pueblos; los problemas de carácter económico y geopolítico, que cada vez son más globales; y la misma indiferencia social ante las problemáticas ambientales y éticas hacen casi imposible acercarse a estas predicciones.

Para citar un ejemplo, según un informe de la OIM (2018), una proyección de 2003 sostenía que, para 2050, los migrantes internacionales representarían el 2,6 % de la población mundial o alcanzarían los 230 millones, cifra que ya se ha sobrepasado; tras revisarse las proyecciones para 2050 en 2010, el total mundial se cifró en 405 millones de migrantes internacionales. Este mismo reporte mostró que, en el 2015, de los 7300 millones de personas que constituían la población mundial, 244 millones eran migrantes internacionales, es decir, 1 de cada 30 personas. Estos preocupantes datos revelan la crisis profunda y veloz en la que nos encontramos inmersos como humanidad.

Si bien la migración requiere de una comprensión y un análisis profundo, no se encuentran soluciones haciendo estudios estadísticos ni categorizando a las víctimas, mucho menos en definiciones puramente academicistas. Así lo ha expresado en varias oportunidades el papa Francisco

las personas migrantes, refugiadas, desplazadas, las víctimas de trata, siempre pasan situaciones de duelo y desprendimiento de sus familias, de la tierra, de las tradiciones, pierden su identidad y necesitan de nuestra compasión como humanidad. Ellas se han convertido en el emblema de la exclusión porque, además de soportar dificultades por su misma condición, con frecuencia son objeto de juicios negativos. (2019, s. p.)

Es fundamental reconocer que estos problemas sociales, además de ser globales, provienen en buena medida de la construcción y la comprensión del mundo desde una perspectiva dominante de desarrollo, y se agudizan cuando

se convierten en panoramas cotidianos y comunes ante la mirada indiferente de los sujetos que los observan y los asumen como una condición casi natural de la sociedad; como si se tratara de una realidad imposible de transformar. Nos encontramos como humanidad frente a una crisis profunda por la misma incapacidad de abordarla y resolverla creativamente, ya que las relaciones individuales y dualistas que tejen la modernidad convierten la experiencia vital en una relación autista con otros seres, dado que

ya no podemos oír la voz de los árboles, de las montañas, de los ríos; ni podemos escuchar los gritos de los pobres y los marginados de la sociedad. Nos hemos llenado de desesperación y hemos perdido la visión capaz de inspirarnos y motivarnos para afrontar las crisis que se acumulan en torno a nosotros. (Hathaway y Boff, 2014, p. 174)

En ese sentido, se desconoce en buena medida que esta realidad emerge de una forma particular de nombrar y entender el mundo desde perspectivas lineales y dualistas, y que ha llevado a crear, según Arturo Escobar (2014a), condiciones que desempeñan un papel fundamental en la forma de moldear las concepciones de la realidad desde una única condición que, entre otras cosas, ha instaurado las prácticas y el discurso del desarrollo como una panacea que la sociedad globalizada deberá alcanzar a pesar de ser completamente insostenible social, ecológica y hasta financieramente. El mismo autor enfatiza en la necesidad de reconocer las características de este modelo predominante —conocido con variadas denominaciones: industrialismo, capitalismo, modernidad, (neo)liberalismo, antropocentrismo, racionalismo, patriarcalismo o secularismo— como punto de partida para entender las actuales crisis y plantear otras formas de existencia.

Los profundos problemas sociales que acompañan la sociedad actual y sus causas han generado dolor y sufrimiento en sociedades y comunidades enteras, en las que pareciera no haber salida posible; son tan profundos que generan desesperanza y confusión, pero también son el escenario de actuales discusiones, comprensiones y reflexiones críticas alrededor de las promesas del desarrollo, de esas teorías y discursos hegemónicos que han iluminado y

constituido una buena parte de las estructuras económicas, políticas y sociales que determinan el rumbo de esta y las próximas generaciones. Asimismo, han dejado marcas profundas en todos los campos del conocimiento, en la forma como se entiende el mundo, etiquetando a cada ser humano como un mero dato, sometiéndolo a códigos y conductas cada vez más individuales, para tener como resultado un sujeto obediente que sirva a los modelos económicos y sociales del desarrollo, guiado por la falsa idea de ser un ciudadano de una prometida sociedad moderna que debe alcanzar el ideal del primer mundo (Han, 2014).

Es evidente que la invención del Tercer Mundo como un ideal alrededor del que giran las políticas públicas, los esfuerzos institucionales de las más importantes organizaciones unilaterales y los anhelos de países enteros es un continuo fracaso para la actual sociedad (Escobar, 1998). De la misma manera, hay que tener presente que ninguno de estos esfuerzos gestados a partir de una lógica capitalista y patriarcal llevarán a esta sociedad a pensarse y trabajar colectivamente para generar las mínimas condiciones que permitan la equidad y el desarrollo humano, y que respeten la existencia de todas las formas de vida, incluida la humana.

En este contexto, como humanidad es necesario abordar la actual crisis ecológica que atravesamos, lo que requiere de una cuidadosa comprensión, dado que en realidad es profunda e interconectada y no un síntoma menor, que tiene, entre otras raíces, al antropocentrismo como eje que ha llevado a concebir a la Tierra y sus recursos naturales como “incomensurables para la escala humana, en la cual operan gran parte de los acontecimientos que constituyen la historia personal y colectiva. Ello hace posible pensar en una ausencia casi absoluta de límites para el progreso y avance humano” (Elizalde, 2003, p. 146). De este modo, se ha aceptado como tácita la idea de un progreso indefinido como fin último la existencia humana, olvidando el carácter cíclico de todo lo que constituye la vida, la comunidad y una serie de valores que apenas se mantienen en pequeñas comunidades que, por su misma cosmovisión, conservan una relación distinta con la vida.

## Posdesarrollo

Al mismo tiempo que el modelo hegemónico del *desarrollo* avanzaba, se instauraba en los discursos y las prácticas cotidianas como objeto de constantes críticas, análisis y profundas reflexiones sobre sus consecuencias en todos los ámbitos de la humanidad y, especialmente, en la vida de los ecosistemas. Por tanto, se hizo necesaria su deconstrucción en vía de lo que hoy se conoce como *posdesarrollo*, que intenta descentrar el lugar privilegiado del desarrollo, para dar valor a las alternativas al desarrollo, que nunca han desaparecido, al contrario, se han mantenido, y sobre las cuales se han desarrollado de forma equilibrada comunidades enteras, las cuales conservan un vínculo sagrado con la vida.

En consecuencia, las comunidades de base, los grupos indígenas, los colectivos locales, los campesinos, entre otros, tienen mucho que enseñar y compartir respecto a estas formas de existencia, que se hacen extrañas para los ciudadanos de mundos capitalistas, donde todo tiene un precio y en las que, como lo explica Bauman (2004), se diluye el sentido de pertenencia social del ser humano para dar paso a una marcada individualidad, es así que “las ideas más útiles acerca de las alternativas podrían ser obtenidas de los conocimientos y prácticas de los movimientos sociales, más que de los flamantes expertos formados en las grandes universidades del mundo” (Escobar, 2014b, p. 31). Por tanto, es necesario reconocer que las posibles salidas a estas profundas crisis de todo orden se pueden dar a partir de la lógica y las prácticas comunitarias.

El mismo hecho de ser los autores de esta profunda problemática que se extiende y se magnifica a velocidades incalculables, significa que existe la esperanza de poder resolverla o abordarla a partir de otras formas o relaciones, pues “estamos convencidos de que poseemos la mayor parte de la información y el conocimiento necesario para superar las crisis actuales” (Hathaway y Boff, 2014, p. 34) y, además, de encontrar en estas las oportunidades para avanzar en la transformación de los paradigmas que han dominado los sistemas y, en últimas, la vida de las personas. No obstante, una buena parte de los nuevos discursos sociales y políticos encuentran un apellido políticamente correcto para el desarrollo: la *sustentabilidad* como una aparente, mágica y rápida salida



de toda la crisis que se vive actualmente, y que pretende validar acciones tradicionales del modelo hegemónico como prácticas alternativas, verdes, eco, entre otros apelativos muy conocidos que les otorgan sellos y validaciones a prácticas desiguales, en particular en el ámbito comercial. Entonces, es necesario comprender una noción coherente de *sustentabilidad*, como lo describe Escobar (2014b)

tendrá que ser descolonizadora en lo epistémico, liberadora en lo económico y lo social y despatriarcalizante; además, tendrá que proponerse construir alternativas al “desarrollo” desde perspectivas que: alberguen lo comunal, tanto como lo individual; refuercen los entramados socio-naturales construidos y defendidos por la gente común; contribuyan a devolverle al mundo la profunda posibilidad civilizatoria de la relacionalidad; y, auguren mejores condiciones de existencia para el pluriverso. (p. 64)

Sin embargo, los desarrollos conceptuales alrededor de la *sustentabilidad* van dándose como mejor le convenga a quienes intentan institucionalizarlos o universalizarlos desde determinadas visiones. De modo que los discursos contemporáneos sobre el cuidado del medioambiente y los supuestos compromisos sociales ecoambientales que asumen las organizaciones, las multinacionales y los sectores industriales que pretenden compensar daños profundos con programas y campañas no resuelven el problema de fondo, pero les permite mantenerse en los mercados globales y devastadores del medio ambiente sin un compromiso real de transformación.

Por esta razón, la sustentabilidad requiere de otras visiones, otras comprensiones en coherencia con un mundo que posibilite la existencia de todas las formas de vida. A propósito, Zarta (2018) hace una descripción determinante para entender que estamos ante un mundo con recursos naturales escasos y necesidades ilimitadas, una población creciente, y un desarrollo económico basado en tecnologías ya obsoletas, lo que ha generado efectos climáticos devastadores que nos ha llevado de manera muy lenta y poco efectiva a comprender que existe una capacidad límite de sustentación para el planeta, y que, además, nos estamos acercando rápidamente al colapso del ecosistema.

## Desarrollo sustentable

Este es un concepto que toma fuerza a mediados de los años 80, momento en el que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) estableció la Comisión Mundial sobre Ambiente y Desarrollo con el lema de ‘Nuestro futuro común’, declarándolo formalmente como meta, y definiéndolo como el desarrollo que “satisface las necesidades presentes, sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus propias necesidades” (ONU, 1987, p. 23-24). Este tuvo una rápida difusión, especialmente en los foros y eventos alrededor de las problemáticas ambientales, y generó movilizaciones en favor del medioambiente; sin embargo, el uso excesivo y sin comprensión de fondo de este concepto ha permitido que se convierta en un cliché que los políticos y empresarios suelen usar para hacer que sus discursos y promesas tengan un tinte de compromiso social. A propósito, Mota y Sandoval (2016) argumentan:

la lógica de un desarrollo sustentable real debería ser la de controlar y disminuir al máximo el uso de las fuentes energéticas generadoras de contaminantes y del cambio climático, proponiendo alternativas para ello. Sin embargo, los capitalistas se resisten a dejar de producir aquello que saben que es fuente generadora de contaminación; por tanto, sus ganancias seguirán creciendo con la venta de sus productos. (p. 100)

Desde otra perspectiva, es imposible negar los avances tecnológicos mientras se habla de desarrollo sostenible o sustentable, como algunos teóricos lo han denominado; que son admirables hasta que se relacionan con sus beneficios a nivel global pues, nuevamente, se concluye que una minoría exclusiva puede acceder a ellos. Mientras tanto los problemas sociales se agudizan a ese mismo nivel, ya que la vida de las personas menos favorecidas una vez más está en peligro por las mismas condiciones de desigualdad, pobreza extrema, crisis ambiental, entre otros. Al respecto, Vega (2009) argumenta que el desarrollo sostenible no es más que una “alianza espuria entre ciertos ambientalistas y los capitalistas de todo el mundo para mantener, disfrazado con una cubierta ‘verde’, el modelo capitalista de crecimiento económico ilimitado, [...] pero dando la impresión de que los embarga una gran preocupación por preservarlos” (p. 95).

Entre tanto, el sufrimiento humano por todas las formas de desigualdad, la extinción de recursos naturales a pasos nunca vistos, la pérdida de suelos fértiles, el efecto invernadero, las consecuencias del cambio climático y el uso del conocimiento con fines bélicos son algunos de los temas que preocupan a una buena parte de la humanidad, y que se convierten en objetivos, metas, agendas, pero no se logran resolver de fondo. Estas problemáticas son causadas por nosotros mismos, por nuestra forma de vida y de relacionarnos con el capital económico y la vida; vivimos según nuestras propias convicciones culturales, que no son claramente una ley dada, son más bien el “resultado directo de un tipo de desarrollo que no mide las consecuencias sobre la naturaleza y sobre las relaciones sociales. Por eso se constituye en una trampa del sistema capitalista el llamado ‘desarrollo sostenible’, que evidencia una contradicción en su mismo nombre” (Boff, 2005, s. p.), y cuanto más se insista en mantener los intereses de la producción humana explotando la naturaleza sin respetar la conservación ecológica, será imposible siquiera entender lo inteligente que resultaría respetar el equilibrio dinámico que la sabiduría de la vida nos ofrece.

De esta manera, no habrá un desarrollo sustentable en tanto no se transformen radicalmente las formas de coexistir, consumir y comprender lo frágil que puede ser la existencia; mientras se continúe considerando a la madre tierra como una fuente inagotable de recursos que puede satisfacer los incabados deseos perfilados por las dinámicas de la actual sociedad, donde nada es permanente y el consumismo impera, como lo señala Bauman (2004) para ilustrar las características de esto que hemos construido y que él denomina la *sociedad líquida*.

Por esos motivos, la sustentabilidad no se puede seguir comprendiendo únicamente desde la perspectiva del crecimiento económico, se debe orientar hacia un desarrollo humano, cultural y ético de manera integral, que construya una dinámica eterna de “solidaridad hacia las generaciones futuras y de construcción de una democracia socio-ecológica sin fin” (Boff, 2012, s. p.) lo cual exige, entre otras cosas, una lectura distinta de las necesidades humanas. Estas han tenido un rol fundamental en esta crisis, ya que en buena medida se pretende sustentar su existencia y satisfacción al punto de apoderarse de los recursos

que otras generaciones necesitarán como sustento básico para su supervivencia; frente a esto, Hinkelammert y Mora Jiménez (2016) afirman que el ser humano no tiene necesidades de manera permanente, pues como ser natural que hace parte de la naturaleza, luego, es simplemente un sujeto necesitado producto de la historia humana, con necesidades socialmente condicionadas.

Lo anterior es revelador, en la medida en que es posible cambiar este principio por no ser una ley natural, de manera que podamos pensarnos colectivamente a través de otros sistemas de valores que dialoguen con la sostenibilidad ecológica, para que los seres humanos podamos reestablecer conscientemente la conexión con la naturaleza, y así migrar a visiones que sustenten las decisiones desde perspectivas biocéntricas, que nos conduzcan a pensarnos y relacionarnos a partir de una ecología profunda que ponga en discusión “la idea misma de un ‘medio ambiente’ separado de la humanidad, [y en su lugar ver] a la humanidad como parte del mundo natural, parte del tejido de la vida” (Boff, 2002, p. 92); así cambiarían indiscutiblemente las lógicas de los sistemas sociales y políticos que actualmente nos han llevado a un punto crítico en la existencia de la humanidad.

Retomando el tema de las necesidades, Antonio Elizande (2003) desarrolla un importante abordaje con base en las teorías económicas y estudios psicológicos que han intentado analizar los comportamientos del consumidor, llegando a describirlos como infinitos, ilimitados y siempre crecientes, con lo que reafirma la existencia de una naturaleza humana que se justifica como cambiante en el tiempo y, en consecuencia, conducente a la búsqueda de factores que las diferencien entre unas y otras culturas; entendidos estos como *satisfactores*, que no siempre son beneficiosos desde una perspectiva sistémica y que podrían reemplazar lo que se entiende hoy por *necesidades*. Igualmente, reconoce que al abordar las teorías más reconocidas sobre las necesidades, estas imponen una visión occidentalizada, lo que reduce la posibilidad de comprenderlas a partir de una visión ecológica.

## Desarrollo a escala humana

Ahora bien, la propuesta del desarrollo a escala humana —aún más profunda que las anteriores— se describe como análoga a las visiones clásicas. A propósito, Elizande (2003) propone un sistema conformado por tres subsistemas de:

a) Las necesidades (diferenciadas de los satisfactores): son aquellas que se encuentran en cada persona, por tanto, son personales y subjetivas, pero no de orden individualista, ya que son lo que nos constituye precisamente como humanos; además, las necesidades humanas fundamentales son universales, independiente de la historia y la cultura.

b) Los satisfactores: son formas históricas y culturales mediante las cuales se da cuenta de las necesidades fundamentales, entendiéndose como una interfaz entre los bienes y las necesidades.

c) Los bienes: son los artefactos materiales de la cultura, eminentemente exteriores, ya que son objetos producidos por nosotros y potencian la capacidad de los satisfactores para dejar ver la necesidad. Por ser materiales ocupan un espacio, por lo que preocupa de manera permanente el desecho de bienes producidos sin control, ya estos se desarrollan para un tiempo de uso limitado (fechas de vencimiento), o constantemente se ofrecen versiones nuevas o actualizaciones que no limitan el deseo ni el consumismo que caracteriza la actual sociedad.

Como consecuencia de esta práctica cotidiana y naturalizada, existe una sobreproducción de basura que impacta negativa y directamente la salud de las personas y el planeta. Esta situación es creciente, de acuerdo con los planteamientos de Bauman (2004), la vida en torno al consumo no tiene techo ni límites, además, está guiada por la seducción y los lujos, que son simplemente la necesidad del mañana con base en un estatus de falsas necesidades, lo que está cimentando una cultura de consumo e insatisfacción constantes que resulta ser desastrosa para las nuevas generaciones.

También, Elizalde (2003) propone nueve necesidades humanas fundamentales sin jerarquía, desde una mirada sistémica en su dimensión de potencial para el despliegue de la vida y, por tanto, como el motor de procesos de desarrollo y evolución humana que permitan redimensionar, entre otros, conceptos como *pobreza*; estas son: la subsistencia, la protección, el afecto, el entendimiento, la creación, la participación, el ocio, la identidad y la libertad. A partir de estas necesidades, es posible pensarse otras relaciones y significados que permitan avanzar hacia la construcción de una cultura basada en relaciones armoniosas, para así alcanzar una sociedad sustentable o ecológica, es decir, desde “las relaciones e interconexiones, interdependencias e intercambios de todo con todo [...] La ecología es un saber de saberes relacionados entre sí” (Boff, 2002, p. 22).

A propósito, abordaremos algunas dimensiones que permiten comprender la sustentabilidad como un sistema conectado, interdependiente y una posibilidad de transformación para esta sociedad, teniendo presente que la mayoría de las dimensiones de nuestra existencia están afectadas por el modelo dominante y sus consecuencias. De esta manera, vale la pena examinar al menos las sustentabilidades cultural y ecoambiental, sin determinarlas como las únicas, pues seguramente en cada dimensión de la existencia de la vida valdría la pena entenderlas para proyectarlas en los escenarios sociales y escolares, especialmente, para poder avanzar en una educación para la vida, aquella que necesita conversar sobre problemas reales.

En cuanto a la *sustentabilidad cultural*, se hace referencia al “reconocimiento de la pluralidad, el respeto a las cosmovisiones distintas y la recuperación de los sistemas tradicionales de organización comunitaria” (Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, 2006, p. 42), según la estrategia de educación ambiental para la sustentabilidad en México; sin olvidar que los sistemas culturales por sí mismos son poseedores de alternativas al desarrollo en todas las dimensiones. Así, la “cultura y los procesos culturales son complejos; es decir, no pueden entenderse solo por la suma de sus partes, sino que de su estructura y organización emergen cualidades diferentes que caracterizan al todo” (Morandín y Azamar, 2019, p. 35), por lo que deberían examinarse de

fondo desde la misma educación, para trazar rutas formativas que permitan la construcción de nuevas formas de entender las relaciones con el universo y con los otros.

Sin embargo, las lógicas globalizantes han instaurado formas homogéneas de desarrollo cultural que desconocen toda la riqueza de las comunidades, que trascienden su poder cuando encuentran un nicho de mercado que puedan vincular con los productos y servicios de estas, y que proceden a hurtar, registrar y vender a gran escala productos y servicios estableciendo una relación únicamente comercial. Un ejemplo de ello es lo que ocurre con las multinacionales, que a través de megaproyectos y aparentes investigaciones buscan extraer las riquezas culturales de los pueblos para reproducirlas, en un proceso de industrialización en el que se pierde el sentido y el significado que tienen desde una cosmovisión que solo habita en las comunidades. Estos hallazgos conceptuales nos han invitado a transformar nuestras prácticas de vida y, en especial, de consumo. A propósito, los tratados internacionales no han comprendido de fondo el sentido y significado de la cultura (Morandín y Azamar, 2019):

En la resolución de Río+20, *El futuro que queremos*, se reconoce el valor de la diversidad cultural, pero aún se mezcla desarrollo con crecimiento económico y las propuestas siguen basadas en el consumo (United Nations, 2012). En los objetivos de desarrollo sostenible de la Agenda 2030 que se planteó en 2015, aunque se habla de multiplicar los esfuerzos para proteger y salvaguardar el patrimonio cultural y natural del mundo, prevalece el enfoque económico, se menciona la cultura como un recurso para atraer turismo; pero la cultura tiene significados más profundos que la artesanía, el atuendo o un rito religioso. Una cultura o sistema cultural es una forma de estar en el mundo, en un sentido ontológico y filosófico. (p. 38)

Otra propuesta corresponde a la *sustentabilidad ecoambiental*, que hace alusión a las transformaciones que se tejen con las reflexiones profundas sobre la ecología; su atención se centra en la necesidad de una revolución de la consciencia que transforme de manera duradera el modo en que se preservan los sistemas que sustentan la vida de nuestro planeta (Hathaway y Boff, 2014). Actualmente, se evidencian “muchas versiones del medioambientalismo que

son antropocéntricas en la medida en que siguen viendo el mundo como si los seres humanos fueran la medida de todo valor” (p. 99), sin entender que somos parte del tejido de la vida y, por lo tanto, cada acción sobre el planeta, aunque sea mínima, recaerá directamente en nuestra propia existencia.

Basta con detenerse a observar la forma como nos alimentamos para invocar una de las actividades más cuestionadas del actual modelo de desarrollo global: el uso de la ciencia y el conocimiento para intervenir muchas formas de vida con un propósito comercial y de apropiación de las semillas, lo que le genera a las multinacionales ingresos millonarios, y acaba con la capacidad de regeneración de la tierra por la misma forma de producción sin límite, además de anular por completo los derechos soberanos de los pueblos. A propósito, Shiva (2006) enfatiza en la democracia de la tierra como una práctica viva y local, en la que se decide sobre los alimentos que se consumen y el agua que se bebe a partir de la autonomía de las comunidades locales como autoridades que deciden sobre los recursos naturales de sus territorios.

En este escenario es primordial llamar la atención sobre la educación como parte fundamental de los sistemas sociales, teniendo presente que a lo largo de la historia de la civilización occidental se ha considerado un pilar de las apuestas de todo orden, como bien lo describe Maldonado (2017), cuando afirma que no existe ningún proyecto social, cultural, religioso o político que no haya pasado por la educación, pues esta es una herramienta fundamental para la conservación del poder y el *statu quo*, o bien para el cambio de la sociedad. Al respecto, se espera que la educación sea un proyecto dialógico, diverso, democrático, que se entienda como un sistema abierto que se enriquece y se problematiza con la misma sociedad que va emergiendo y se va transformando.

La escuela construida por y para la actual sociedad se ocupa de conceptos y no de problemas, por ende, la realidad social no se considera como ambiente principal de los aprendizajes, aunque se cuestionen sus actuales propósitos, su pertinencia, la visión desde la cual se construyen las constantes reformas y la importancia de pensarse y desarrollarse a partir de nuevas ciencias que permitan



procesos de diálogo, integración y aprendizaje recíproco; que, en últimas, son condiciones esenciales para transformar positivamente la convivencia, el aprendizaje, las perspectivas del conocimiento y, en consecuencia, la concepción de desarrollo que acompañará a los sujetos que desde ahora nos ayudarán a pensarnos y habitar un mundo desde perspectivas vitales, que permitan otras formas de ser y estar en sociedad.

La educación también se considera como “praxis, reflexión y acción del hombre sobre el mundo para transformarlo” (Freire, 1982, p. 7), como una visión que permea la esperanza de los sujetos críticos, reflexivos y sensibles que han planteado otras formas de existencia de la educación, más allá de la escuela como un establecimiento que educa el cuerpo y prioriza el aprendizaje de contenidos, para hacer posibles las transformaciones auténticas que conduzcan a otras visiones y que, indiscutiblemente, cambiarán las relaciones que se establecen con los otros, el mundo y la misma vida, aunque parezcan difíciles por la misma interdependencia que los obstáculos presentan, sin embargo, siempre serán posibles (Hathaway y Boff, 2014).

Son entonces las instituciones educativas las primeras en ser convocadas a repensarse y a comprender todas las implicaciones del modelo dominante de progreso, para dar valor académico, aprender y entender otras formas de desarrollo que permitan ganarle la guerra a la pobreza, la desigualdad y, en especial, a la indiferencia que tenemos como seres humanos, que nos acomodamos desde nuestra individualidad a un mundo injusto con la mayoría de la humanidad.

## Referencias

- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Boff, L. (2002). *Ecología: grito de la Tierra, grito de los pobres*. Trotta S.A.
- Boff, L. (2005). *La contradicción capitalismo/ecología*. <https://bit.ly/312SydZ>
- Boff, L. (2012). *Sostenibilidad y educación*. Servicios koinonía. <https://bit.ly/33W6isP>
- Elizalde, A. (2003). *Desarrollo humano y ética para la sustentabilidad*. Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.

- Escobar, A. (1998). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Norma.
- Escobar, A. (2014a). *La invención del desarrollo*. Editorial Universidad del Cauca.
- Escobar, A. (2014b). *Sentipensar con la tierra: nuevas lecturas sobre desarrollo, territorio y diferencia*. Universidad Autónoma Latinoamericana.
- Francisco. (29 de septiembre de 2019). Mensaje del papa Francisco en la Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado (27 de mayo de 2019). *Vida Nueva Digital*. <https://bit.ly/3dt9grY>
- Freire, P. (1982). *La educación como práctica de la libertad*. Siglo XXI.
- Gudynas, E. (2010). La senda biocéntrica: valores intrínsecos, derechos de la naturaleza y justicia ecológica. *Tabula Rasa*, (13), 45-71.
- Han, B. C. (2014). *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder Editorial.
- Hathaway, M. y Boff, L. (2014). *El tao de la liberación. Una ecología de la transformación*. Editorial Trotta.
- Hinkelammert, F. y Mora Jiménez, H. (2016). *Hacia una economía para la vida. Preludio a una segunda crítica de la economía política*. Estado Plurinacional de Bolivia. <https://bit.ly/316w8Z4>
- Maldonado, C. E. (2017). Educación compleja: indiscipular la sociedad. *Educación y Humanismo*, 19(33), 234-252. <https://doi.org/10.17081/eduhum.19.33.2642>
- Morandín, I. y Azamar, A. (2019). Sustentabilidad y cultura. En A. Azamar y J. Matus (coords.) *Tejiendo puentes para una sostenibilidad integral* (pp. 25-60). Universidad Autónoma Metropolitana.
- Mota, L. y Sandoval, E. A. (2016). La falacia del desarrollo sustentable, un análisis desde la teoría decolonial. *Iberoamérica Social: revista-red de estudios sociales*, 4, 89-104.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (1987). *Nuestro futuro común*. Alianza.
- Organización Internacional para las Migraciones (OIM). (2018). *Informe sobre las migraciones en el mundo 2018*. OIM. <https://bit.ly/3dmQ4fo>
- Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales. (2006). *Estrategia de educación ambiental para la sustentabilidad en México*. Estados Unidos Mexicanos.

- Shiva, V. (2006). *Manifiesto para una democracia de la tierra: justicia, sostenibilidad y paz*. Paidós.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (Unesco). (2019). *Informe Mundial de las Naciones Unidas sobre el Desarrollo de los Recursos Hídricos. No dejar a nadie atrás*. Unesco. <https://bit.ly/3dBk6fD>
- Vega, R. (2009). Sofismas ambientales del capitalismo para justificar la mercantilización y destrucción de la naturaleza. *Revista Actuel Marx/Intervenciones*, (7), 77-97.
- Zarta, P. (2018). La sustentabilidad o sostenibilidad: un concepto poderoso para la humanidad. *Tabula Rasa*, (28). <https://doi.org/10.25058/20112742.n28.18>
- Zemelman, H. (2001). *De la historia a la política. La experiencia de América Latina*. Siglo XXI Editores.